

Esta actitud antitrágica tiene también su reflejo en el lenguaje, pues son ya muchas las cosas que no pueden llamarse por su nombre y han de ser bautizadas de nuevo en consonancia con la blandura del momento: ya no hay viejos, ni ciegos, ni subnormales, ni cáncer, sino tercera edad, invidentes, disminuidos psíquicos o enfermedad larga y dolorosa. El eufemismo en el lenguaje, la mordaza en los sentimientos, la censura social hacia determinados temas de conversación, la mentira y la hipocresía generalizadas, son hoy los pilares fundamentales de una nueva concepción de la cultura, de la educación y de las buenas maneras, cuya finalidad principal es impedir que lo trágico aflore bajo cualquier pretexto. Así, la reflexión trágica se ha convertido en patrimonio exclusivo de los aguafiestas y pájaros de mal agüero.

La primacía de lo lúdico sobre lo trágico es hoy el fundamento de todo un estilo de vida aparentemente festivo, deportivo y juvenil; pero necesitado, para sostenerse, de un permanente engaño, apoyado en una mentira sistemática y constante que le protege de la desesperación. Una minoría de edad generalizada es el nuevo modelo de conducta, una puerilidad de avestruz que está convencida de la inexistencia de lo que no ve. La fragilidad de este estilo de vida exige continua protección, necesita el trabajo permanente de múltiples gestores y administradores de esa especie de gigantesco jardín de infancia que hoy es Occidente. Los nuevos «padres» ya no visten sotana, pues son los médicos, políticos, publicistas, psiquiatras, intelectuales de guardia..., todos aquellos cuya labor consiste en la administración de cuerpos y de almas, todos los profesionales que se presentan con el halo de maestros del saber vivir a cambio de rentables beneficios. El saber del que hacen gala estos profesionales consiste justamente en conjurar y disolver lo trágico, en promocionar como fines vitales ideales tan grandiosos y sublimes como una neurótica y ascética búsqueda de la salud (la palabra «salud» suena hoy en la boca de los médicos como antes sonaba «salvación» en la de los curas), del consumo-bienestar, una insolidaria satisfacción, la etérea «realización personal»; es decir, las únicas metas acordes con el débil y pasivo narcisismo de los tiempos.

Incluso el Estado, tan ladino él, se ofrece y justifica como protección ante lo trágico y cobra ese servicio con la moneda de la docilidad y la sumisión. Hoy el poder no se legitima ya como amenaza de muerte, como poder de dar muerte, sino como protección contra esa amenaza, como poder de evitar la muerte, porque su fundamentación no es jerárquica y despótica, sino burocrática y administradora.

La hegemonía explícita o implícita de la muerte, la desvalorización o frivolidad de la vida, es el fundamento principal de muchas otras formas de servidumbre, porque el miedo a la muerte es el verdadero fundamento

de toda obediencia. La relación entre el hombre y la muerte es una relación de poder: cuanto más poderosa es ella más importante es él y viceversa. La hegemonía de la muerte, su poder absoluto y tiránico sobre los seres humanos es una de las constantes esenciales de nuestra historia, también de nuestra historia política y de nuestra relación con el Estado. Aquellos que administran la muerte son, al mismo tiempo, quienes administran el poder, porque la esclavitud de la muerte es el fundamento de toda esclavitud: «la muerte como amenaza es la moneda del poder» (E. Canetti). Esa amenaza tiene dos formas principales que se corresponden con dos estrategias del Estado: la primera, más antigua, es autoritaria, dura y despótica, se legitima por el monopolio de la fuerza y por el poder de dar muerte y es simbolizada por el verdugo. La segunda, más moderna, es aparentemente más permisiva y dialogante, practica el principio de «guante de seda sobre mano de hierro» y tiene su símbolo más ajustado en el médico. En el primer caso Papá-Estado dice por la boca del verdugo: «¡Si no me obedeces te mataré!». En el segundo caso Mamá-Estado dice por la boca del médico: «¡Si no me obedeces te morirás!». Sin embargo, en ambos casos, ya sea que el Estado aparezca como patriarca atemorizador preocupado por nuestro deber o como maternal benefactor que sólo quiere nuestro bien, la obediencia aparece legitimada por una amenaza de muerte.

En resumen, la alianza moderna entre la ciencia concebida como dominio y manipulación, el poder ejercido como actividad normalizadora y disciplinaria basada en la amenaza de muerte en versión maternal y la ética como ascetismo intramundano que huye de la muerte configuran una nueva forma de la renuncia y un renovado triunfo y hegemonía de la muerte: la muerte en vida.

IV

La historia de las relaciones entre el individuo y la muerte en el mundo contemporáneo es la historia de una relación trágica. El individuo siente cada vez con mayor intensidad que no puede reconciliarse con ella, que no tiene ningún elemento mediador que la llene de sentido. La gran idea mágica que ha pervivido en el mundo moderno en formas secularizadas, y que también ha hecho crisis en él y se ha debilitado, es la de la superación de la muerte por el sacrificio individual.

La idea de sacrificio puede tener dos significados diferentes. Por una parte, es «hacer algo sagrado» en el sentido de separado del ámbito de lo productivo y de lo útil, intocable e inmanipulable, *santo* en el sentido más profundo de la palabra, contrato a toda Necesidad y, por ello mismo,

negador de la muerte. Sin embargo, por otra parte, es «hacer algo sagrado» pero no separado del ámbito productivo, sino incorporado a él como algo que lo legitima y justifica, como redención productiva, apología de la Necesidad y de la muerte. En este segundo sentido, el sacrificio es una acción reconciliadora que se inscribe en una lógica contable por la cual «todo está bien», incluidos el dolor, el sufrimiento y la muerte como contrapartida necesaria o molesto peaje para alcanzar la Vida Eterna, el Desarrollo de la Historia Universal, el Progreso, o la Revolución. Es en este segundo significado en el que cabe hablar de una administración de la Necesidad desde la sacralización de determinadas entidades a través de la lógica del sacrificio.

La muerte concebida como sacrificio del individuo, como negación de la individualidad en aras de un principio superior a ella, tanto en sus versiones religiosas como laicas, ha sido y es el último baluarte contra la experiencia trágica, contra la conciencia desdichada de la finitud. Según esta idea, el individuo aparece como meritorio agente del Absoluto, de la Razón, de la Historia, el Progreso, el Futuro, la Revolución, o la Humanidad. Siempre se le concibe como alguien al servicio de algo superior a él, en lo que queda conservado y trascendido. La muerte muestra así un rostro temible pero, al fin y al cabo, positivo y productivo, puesto que es el elemento necesario de un proceso totalizador. La ruptura, consciente o inconsciente, con esos ideales es, al mismo tiempo, el principio de una relación trágica con la muerte, ya que entonces ésta se muestra, además de terrible y amenazadora, absurda, inútil y sin sentido, es decir, sin sentido productivo.

La actual forma de la experiencia trágica de la muerte es el resultado de dos procesos fundamentales que caracterizan la modernidad: la *secularización* y la *individuación*. Ambos procesos son los causantes de la crisis de la idea de sacrificio, la única y verdadera mediación mágica occidental entre el individuo y la muerte. Esta mediación ha tenido siempre el efecto de una donación de sentido y eliminaba el carácter absurdo de toda muerte individual. La versión original de la idea de sacrificio es la cristiana, con su concepción de la muerte de Jesús como sacrificio redentor, muerte que vence a la muerte, pero en el proceso moderno de secularización el sacrificio se ha seguido utilizando para servir a otros dioses (la Historia, el Progreso, la Revolución, el Futuro, la Humanidad, el Desarrollo, etc.) a los que se ha denominado como «los viejos dioses carroñeros vestidos de paisano» (R. Sánchez Ferlosio). Sin embargo, la sustitución de unos dioses por otros, la secularización de los dioses, implicaba su historicidad y mundanidad, les hacía más visibles y frágiles, más susceptibles de estar en entredicho, de ser sometidos a la prueba inexorable del tiempo. La quiebra de esos ídolos modernos (representados con fidelidad en las filosofías de Hegel, Comte o Marx), su muerte o envejecimiento, ha supuesto una crisis

definitiva de la idea de sacrificio aplicada a la muerte, ya que el sacrificio sólo es eficaz si el dios que lo recibe está en vigor, si mantiene su fuerza. La conducta sacrificial pone a los dioses en el cielo, pero se realimenta a través de la confianza en ellos, porque el sacrificio exige una relación de reconocimiento mutuo y es una acción de «merecimiento». Quien se sacrifica, quien convierte su muerte en sacrificio por cualquier causa, se hace acreedor de la salvación ante los dioses o del reconocimiento ante los hombres; necesita algún Otro, real o simbólico, que «tenga en cuenta», que lleve la cuenta de su sacrificio.

La caída de los dioses antiguos y modernos, religiosos y seculares, la desconfianza en ellos, ha acentuado, además, el proceso de individuación, el otro gran fenómeno que caracteriza a la modernidad. La crisis de los ideales religiosos o colectivistas ha propiciado la radicalización del otro gran credo moderno: el reconocimiento del individuo como principal sujeto de derechos y de dignidad. El auge del proceso de individuación y la aparición del individualismo, han supuesto el fracaso definitivo de la idea de sacrificio para dar sentido a la muerte, porque, siendo ajeno a cualquier clase de trascendencia, el individuo sólo puede ver su propia muerte como algo absurdo y es incapaz de reconciliarse con ella. La aparición en la sociedad moderna de un individualismo sin trascendencia religiosa o colectiva provoca la debilidad de la idea tradicional de sacrificio y la aparición generalizada de la experiencia trágica de la muerte. Para este individuo sin trascendencia el sacrificio sólo puede tener un sentido inmanente y social, es una inversión a corto plazo, un mérito a reconocer en vida, no más allá de la muerte. Para este individuo el tiempo se contrae en el presente, deja de estar proyectado hacia el Pasado o el Futuro lejanos, y éstos se transforman en un pasado o futuro inmediatos, aquí y ahora. El último representante de este individualismo, el Narciso posmoderno, vive al día, no hace inversiones a fondo perdido, practica el nuevo culto del individuo intentando protegerse a cada paso con el olvido contra la mueca irónica de la muerte, atajando angustiado canas y arrugas, dando crédito y sacrificándose débilmente como nuevo asceta intramundano, al viejo ídolo de la eterna juventud.

En esta época de hegemonía implícita de la muerte, de huida ante ella, se transforma la idea trascendente o colectivista del sacrificio y aparece un sentido individual e inmanente del mismo. El individuo se convierte a todos los niveles en un asceta intramundano, consagra su vida a la obtención del éxito, la riqueza, la realización de «su obra», hace un pacto fáustico en el que no le importa perder su alma (¿qué alma?) con tal de ganar el mundo. En su forma más reciente, este individuo practica también una ascética, una rígida disciplina, de la salud, la belleza, la búsqueda estética

de la eterna juventud, asociándola a la competitividad y al triunfo profesional. Del mismo modo que el ideal de la salud sustituye al de la salvación, el último signo de la sonrisa de los dioses. Esta inclinación de la cultura moderna hacia la acumulación insolidaria, hacia la disciplina totalitaria e infantilizadora, hacia la individuación despersonalizadora y consumista responde a un profundo impulso tanático, representa, una vez más, el triunfo de la muerte y no del supuesto y sólo aparente hedonismo que se le atribuye a nuestra época.

V

La muerte ha gozado y goza entre nosotros de demasiados privilegios, nuestra cultura la ha sacralizado como motor de la Historia y le ha dado un carácter positivo y necesario, ha pactado con ella y la ha alabado, ha sido deseada como liberación o, en la mayoría de las ocasiones, esgrimida como amenaza, pero rara vez ha sido despreciada y despojada de sus prerrogativas. Bastante poderosa es ella por sí misma como para que, encima, la halaguemos o aumentemos con nuestra renuncia ese poder. El terror que hoy despierta en nosotros su solo nombre es el último rostro de su hegemonía, es el postrer vestigio de un poder añadido que le hemos dado entre todos, un poder nacido de nuestra impotencia, que sólo nos prepara para lo peor y nos aleja de lo mejor de la vida. El *memento mori*, la amenaza de la muerte, ha sido y es con demasiada frecuencia el argumento decisivo de muchas religiones y filosofías, verdaderas religiones y metafísicas de la muerte. Esta hegemonía constituye uno de los rasgos más acusados del pensamiento negativo y de la concepción nihilista de la realidad. Es fácil hallarla como elemento destacado de cualquier visión negativa, ya sea religiosa o filosófica, de la existencia; aunque en ocasiones se encuentre anudada sutilmente con esperanzas intra o ultramundanas. La hegemonía de la muerte, pues, es el principal enemigo de cualquier filosofía afirmativa en el sentido más profundo de la expresión. Podemos caracterizar como pensamiento negativo a aquel que ensombrece de modo permanente nuestra experiencia del mundo con lo más miserable, ruin y lamentable que es capaz de encontrar a su alrededor, utilizándolo como objeción incontestable contra la pasión y el coraje de vivir. Pensamiento negativo es el que se aferra a la muerte y argumenta con ella y a favor de ella, en lugar de en su contra, es aquél al que sólo la muerte le da la razón. Ahora bien, pensamiento negativo no es sólo el que halaga a la muerte, sino también el que pacta con ella, el que la concibe como mediación necesaria, instrumento útil para sus planes, aliado provisional al que más tarde abandonará